

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 23 de mayo de 2012

Texto de referencia: J. Carrón, «Introducción», en «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí», en www.revistahuellas.org; J. Carrón, «Tenemos mucho camino por hacer», en Huellas n. 5 2012, p. 1.

** La ballata dell'uomo vecchio*

** Foggy Dew*

Gloria

Después de una conversación con un amigo, me he visto obligado a retomar el texto del viernes por la noche de los Ejercicios de la Fraternidad que había leído casi de corrido, como algo que tenía que hacer para llegar por fin a lo bonito, a la lección del sábado. Y me ha impresionado muchísimo la carta de ese señor que describía la dificultad ante su amiga enferma, de cómo se había sentido exactamente igual que el padre de Eluana, y del escándalo que esto le había producido. Sin embargo, se había dado cuenta de que esta humanidad, que habría querido no tener que mirar, era la puerta por la que entrar en la realidad. He unido esto con la frase con la que terminas tu carta en la Repubblica: «Tenemos aún un largo camino por delante y estamos contentos de poder recorrerlo». Lo primero que se me ocurre decir es que, cuando me encuentro frente a una situación dura como la que se describe en la carta, queda en el fondo el hecho de estar contento porque prevalece la fatiga (tal vez ni siquiera me doy cuenta de que hay un camino por hacer). En cambio, me parece intuir que ese señor atraviesa la fatiga que experimenta, y ella se convierte en el punto de partida para hacer el camino y estar contento por ello. Aquí se describe una trayectoria que me produce mucha envidia. Te pido que me ayudes a comprender cómo es posible que se vuelva sinceramente deseable hacer el camino, porque entiendo que para ti es algo deseable.

Esta pregunta expresa el modo a través del cual incide en nosotros el nihilismo. Es suficiente con que la situación se vuelva complicada para quedar desconcertados, para no saber qué camino debemos hacer, como si el “yo” quedara a un lado. Devuelvo la pregunta: ¿por qué es deseable el camino?

Para mí la vida es fatigosa cuando no hago este camino.

«La vida es fatigosa cuando no hago este camino». ¡Es al revés! El problema no es que nos cueste hacer el camino, sino que la vida se vuelve verdaderamente insoportable cuando uno no lo hace. Si no se transmite esta idea, más aún, esta impresión y esta urgencia, ¿quién nos exigirá hacerlo? Encontraremos siempre cualquier excusa para no hacerlo. Si no nace de la urgencia de la vida, porque si no lo hacemos la vida se vuelve verdaderamente insoportable, ¿quién nos exigirá hacerlo? Entonces, ¿qué experiencia has tenido?

Me doy cuenta de que busco la satisfacción donde la buscan todos cuando vivo con inercia en relación a este camino, es decir, cuando vivo de la apariencia. Y para mí resulta necesario hacer este camino para poder vivir, ¡vivir! ¿Qué es este camino? Para mí es – como lo describes tú – muy sencillo, es la autoconciencia, y me doy cuenta de ello en muchísimos aspectos de mi vida. Cuando vivo con inercia, soy débil ante lo que me sucede, en relación conmigo misma, cedo a la mentalidad de todos y dejo de vivir.

Debemos comprender en qué consiste esta inercia.

La mañana que salió tu artículo, el entusiasmo me dejaba sin palabras cada vez que lo leía, en el sentido de que veía representada en acto la posición que deseo yo, que siempre he deseado, es decir, una libertad que no debe hacer cálculos sobre la conveniencia o no de decir ciertas cosas, sino que habla de sí sin tener miedo ni del propio juicio ni del juicio de los demás. En definitiva, una gran libertad. Y comprendía que esto sólo es posible para uno que se apoya completamente en lo que le resulta más querido, Jesús. Es lo que yo deseo, es lo que con entusiasmo he empezado a verificar a partir de ese día, para ver cuántas veces me apoyaba en lo más querido para mí y qué sucedía al hacerlo. Cuando esto pasaba, me encontraba libre, sin sentimiento de culpa y sin tener que hacer las cuentas de forma política. Esto me ha permitido entender otra cosa. Con frecuencia decimos: «Mira, no soy yo, yo no habría hecho esto porque no es mi carácter, y sin embargo me sorprende más paciente, más misericordioso». No, esto no es verdad, casi estoy diciendo que en ciertos momentos Jesús me da súper-poderes o que Él actúa a través de mí sin mí. Lo que puedo decir es que cuando puedo apoyarme en Él, y por tanto soy libre, empieza a salir a la luz mi verdadero “yo”. Porque en realidad tal vez no sé quién soy, pero lo descubro, como si Él liberase mi verdadero “yo” ante mis ojos.

Quería contarte cómo estoy trabajando al mismo tiempo sobre la carta y sobre los Ejercicios, y cómo he percibido entre ellos un estrecho vínculo. Tú nos decías en los Ejercicios que es bienaventurado aquel que tiene una apertura total, es decir, quien no reduce su corazón a sentimiento y la realidad a apariencia. Es verdad, porque si no, se corre el riesgo de que los Ejercicios resulten apasionantes el 22 de abril y el 1 de mayo estén ya descoloridos... Para mí, en cambio, ambos textos se han convertido en una única cosa como trabajo. He visto en la carta una unidad profunda, y por eso no me ha costado nada leerla entera, venciendo la tentación de leerla a trozos. Para mí, la carta es un claro ejemplo del método que nos estás enseñando desde hace tiempo. Esta carta está escrita por alguien – esta es la primera reacción que me produjo – que se ha tomado en serio los Ejercicios y que está trabajando sobre los Ejercicios como acontecimiento para él. Ya en Rímini me di cuenta del trabajo que habías hecho desde el viernes por la noche hasta el domingo por la mañana, incluso llegué a pensar que si no hubieses hecho los Ejercicios (no simplemente darlos), no habrías podido escribir una carta así. Ahora comento dos puntos referidos al trabajo sobre la carta. El primero: la realidad es positiva, y para comprenderlo, como nos has recordado siempre, no hay que censurar ni siquiera los errores (y yo añado: ni siquiera los

pruritos que pueden surgir en mí o en la comunidad). Esta carta es un juicio que nace de algo presente que sucede y que te alcanza a través de los poros de la piel, teniendo en cuenta todos los factores, también los que duelen; se convierte por tanto en un juicio histórico, y para dar un juicio histórico son fundamentales las circunstancias. Un juicio no mediato y no adaptado al destinatario, sino dirigido al corazón de quien no huye, porque si huyes te pierdes la ocasión, te pierdes a los amigos y por tanto a Cristo. ¡Cuántas veces me habré visto mediando una intervención adaptándola un poco al destinatario, porque consideraba que lo que pensaba yo “transmitiría” mejor a Jesús! Sin embargo, en esta carta he percibido una libertad que me fascina de verdad y que me gustaría aprender. El segundo punto de trabajo es la autoconciencia: ¿dónde está mi consistencia? ¿Qué es lo más querido para mí? Hoy también me lo pregunta a mí el emperador, el emperador del que está hecha mi vida en primer lugar: mi mentalidad. Cuántas veces tomo decisiones en mi vida privada o en mi vida de cura, casi malvendiendo a Cristo, dejando de ser lo más querido para mí. Esto tiene un reflejo en la presencia que, como nos has recordado y yo he reconocido en mi vida, no es poder sino testimonio. Cuántas veces he confundido la presencia con el éxito, es decir, con la realización de mi proyecto. Tal vez es que Cristo no me bastaba. Tengo que ver el resultado, y así me convenzo de que soy una presencia. El famoso «está porque actúa» corre el riesgo de convertirse en «como he visto que ha actuado según mi proyecto, entonces puedo decir que está». De este modo programo, en lugar de convertirme. Es una lógica peligrosa, que consume la obra, cualquier obra: pastoral, educativa, social, política, asistencial. Por eso sólo tengo una responsabilidad: permanecer en este marco, en este camino que tengo que hacer, pero que me parece tan verdadero para mí, para ser serio, que sería estúpido no hacerlo. Esta tarde he celebrado la Misa, y el Evangelio era el discurso de Jesús: «No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad» (Jn 17,15-17). Pienso que Jesús esa tarde pidió por mí, por ti, por nosotros y por la difícil situación histórica de nuestra presencia. Como el pueblo de Israel, también nosotros podemos vernos despojados de todo. Pero Cristo permanece y sé que su misericordia, de la que estoy tan necesitado, es eterna, y tengo que convencerme con la experiencia de que esto me basta.

No quiero añadir nada a las muchas cosas bonitas que has dicho. Subrayo la cuestión del método – sobre la que volveré más tarde – para responder a la cuestión del camino. El camino es deseable y podemos estar contentos de hacerlo justamente porque vemos que, al recorrerlo, sucede esto que acabas de decir.

A propósito de la carta, me he dado cuenta de que he cometido dos errores al leerla. El primero: pensar que el error del que se habla es un error moralista («no soy coherente, cometo pecados mientras me muevo en las circunstancias»). Y el segundo: pensar que tenía que ver con la esfera política de la presencia, mientras que me parece que es algo que tiene que ver conmigo y con todos, y que se trata de un problema de concepción. Cada vez que dejo de asombrarme por la realidad presente vivo una hegemonía: tengo una idea sobre la realidad, quiero que se realice y entonces fuerzo las cosas. Naturalmente, me desilusiono cuando la realidad no es como yo querría. Pero, ¿por

qué hago esto? Porque en mí no hay asombro; porque, al estar vacío, debo llenar mi alma de algo, y entonces, empieza a haber en mí una pretensión imperceptible. Me parece que se trata de un problema de método: la falta de asombro ante la Presencia. Hablo de asombro porque no es suficiente con decir: «El Misterio quiere esto». Yo tengo que asombrarme, tengo que acusar el contragolpe del ser, porque de otro modo, luego no basta con una reflexión moral sobre la fe. En este punto se verifica la reducción del asombro. Porque es como si yo me resignase (igual que mucha gente a mi alrededor): el asombro es una experiencia que se puede tener sólo de vez en cuando (si sucede algo bueno, si tengo un cierto vigor). Me asombro sólo algunas veces, y por eso no es lo habitual. Y como no me asombro, busco el poder. Mientras que el asombro se produce a cada instante: cada circunstancia, incluso la peor, puede permitirme una relación con la Presencia, si no, no es verdad que suceda ahora. Supongamos que yo esté un poco bajo de ánimo: si me recupero, si hago el camino de forma no mecánica, me asombro, porque retomar la conciencia de mí mismo, volver a las preguntas quiere decir que en el instante veo la Presencia, y por tanto ya no hay circunstancias en las que no pueda asombrarme. Esto me parece una cuestión crucial. Comprendo entonces por qué nos cuesta tanto la afirmación de que la realidad es positiva: porque no se puede pensar que la realidad sea positiva si no está la Presencia. Podemos forzarnos a decir que la realidad es positiva; pero sólo si veo algo que me corresponde, la realidad es positiva; en caso contrario, aunque lo diga, no es verdad.

El problema no es de tipo moralista, es verdad. No debemos rasgarnos las vestiduras porque caigamos en la cuenta de que hemos buscado la satisfacción donde la buscan todos. Esto es sólo una consecuencia. ¿Qué misterio es este que hace que, ante el deseo que tenemos, no busquemos su satisfacción? No es posible no buscarla. La cuestión no es, entonces, que nos hayamos equivocado. La cuestión es: ¿cuál es el origen de esta equivocación? Y el origen no es que yo sea incoherente (porque lo soy). ¿Qué misterio hay en que la fragilidad sea frágil, o en que la debilidad sea débil? Es como descubrir el agua caliente. Para esto no habría valido la pena escribir la carta. Hay que poner de manifiesto otra cuestión: ¿por qué buscamos la satisfacción donde la buscan todos? No se trata de un problema de incoherencia, sino de fe, es un problema de qué significa para nosotros Cristo, de qué es lo más querido para nosotros. Y esto no tiene que ver ante todo con la coherencia, sino con la sustancia de la vida. ¿Por qué no nos conquista este asombro? ¿Por qué lo consideramos como algo que sucede sólo de vez en cuando? Porque nosotros, en vez de un camino, queremos un milagro. La semana pasada daba clase en la Universidad Católica de Milán sobre el capítulo décimo de *El sentido religioso*. Todos sabéis cómo empieza. Giussani nos invita a imaginar que nacemos con la conciencia que tenemos ahora, etc. Cuando termina la primera hora de clase hay un descanso. Se acerca entonces un estudiante a mi mesa y me dice: «Durante esta clase me he dado cuenta de la distracción con la que me he levantado. Entiendo perfectamente lo que quiere decir don Giussani, porque lo que dice no me lo tengo que imaginar, me ha pasado: tuve un accidente de moto y me salvé de milagro. Cuando abrí los ojos después del accidente, me llenaba de asombro el hecho de existir, no podía evitar que mi vida se llenara de esa sorpresa, y esto me pasaba muchas veces durante los primeros días. Pero después fue disminuyendo, se fue debilitando. Y esta mañana me he levantado distraído,

como otros muchos días». ¿Lo veis? Estamos soñando con un milagro; a este chico le ha sucedido un milagro, pero no es suficiente, porque es necesario un camino. Si el milagro no introduce en un camino, si no introduce en un uso adecuado de la razón, si no voy más allá de esa situación ventajosa a través de la cual me doy cuenta de que la vida se me ha dado, y no hago todo el recorrido de mi razón trabajando sobre ello, después de algún tiempo todo decae. Como dice Giussani, en esto consiste nuestra inmoralidad, pero la inmoralidad con respecto al hecho, con respecto al evento, no la incoherencia de no estar a la altura (esto es una consecuencia). La inmoralidad es no haber seguido ese evento que ha hecho brotar en nosotros esta conciencia. Si el hecho no llega a hacerse moralidad, si no se convierte en responsabilidad, entonces no respondo con toda mi persona, y la intención no penetra como una herida y un juicio sobre mí, como un juicio que me mueve, que trata de moverme a hacer un trabajo; todo se vuelve sentimental, me despierto y veo que estoy vivo todavía, y sin embargo no es todavía una toma de conciencia de mí mismo, un uso verdadero de la razón. Y entonces, ¿qué pasa? Mirad lo que dice Giussani en las páginas 315-316 de *Certi di alcune grandi cose*: «Es como encontrar en tu jardín una brizna de hierba, una flor, y no fomentar su crecimiento, no cuidarla. Un individuo, un jardinero o un agricultor que siembre la semilla de esta planta y luego no la cuide es un inconsciente, un irresponsable, es decir, un inmoral. Nuestro problema es justamente esta palabra: la inmoralidad [inmoralidad con el hecho, no incoherencia ética]. Frente a lo que se nos ha dado [la vida, la fe, el carisma, el encuentro, muchísimas ocasiones en las que hemos sido despertados por un hecho, por un evento, por algo que nos hemos contado; los de Corazín y Betsaida, de los que Jesús decía que tenían una responsabilidad enorme porque habían visto muchísimos milagros, son unos aficionados comparados con nosotros, porque hemos experimentado muchos milagros, ¡unos aficionados!] y que, a pesar de toda nuestra connivencia (al dejar entrar en nosotros al mundo y por tanto al marginar lentamente, al censurar o al dejar aridecer y morir de inanición esta brizna de deseo), permanece y existe todavía, nuestro problema es la inmoralidad, es decir, la falta de cuidado de lo que se nos ha dado. Esa brizna de deseo no llega a ser mío, nuestro: mío como juicio y como voluntad. Es decir, esa brizna de deseo no llega a ser reconocido y poseído por mí, no se vuelve consciente: es como si permaneciese sólo por inercia. Esta inercia es la inmoralidad». Hasta que la fuerza de la inercia nos hace volver al viejo *tran-tran*. Nuestra inmoralidad es la falta de seguimiento de Giussani en esto. El camino que nos propone nos parece con frecuencia algo abstracto: «¿Ampliar la razón? ¡A quién le importa!». El domingo por la mañana di el retiro de novicios de los *Memores Domini* retomando una lección en la que Giussani afirma que la cuestión principal es el trabajo sobre el instrumento del pensamiento. ¡Para nosotros esto es lo más lejano que hay! Hasta tal punto que pensamos: Giussani tiene fijación con esto, el Papa tiene fijación con esto. ¡Es como si los dos fuesen marcianos! Y después de todo esto, como no nos asombramos ante nada, buscamos la satisfacción donde la buscan todos. Pero, repito, esto es sólo una consecuencia que no me interesa en este momento. Continúa don Giussani: «Si el problema fuese la coherencia, tendríamos mil excusas para dejar de comprometernos. Pero la inmoralidad es algo que está en la raíz, mientras que el problema de la coherencia es el problema de un desarrollo. Debajo del problema de la

coherencia o la incoherencia, hay un problema de verdad o de mentira, de verdad de uno mismo. Esto está contenido en eso que llamo “brizna de deseo”, es decir, en ese inicio que permanece dentro de nosotros: el reconocimiento o el descubrimiento de algo distinto como respuesta a lo que somos, ¡el descubrimiento de algo que es todo! Esa brizna de deseo es una unidad de fondo, es decir, una posición humana que, si yo soy incoherente mil veces al día, mil veces me juzga. Pero si no tengo esta unidad de fondo reconocida y poseída, dejo de juzgarme en las mil incoherencias, y termino diciendo: “¡Son inevitables!”, y después: “Bueno, en el fondo, ¿qué hay de raro?”, y finalmente: “Es justo actuar así”. ¡Es nuestra radiografía, tal cual! Si no acertamos con el origen, si el acontecimiento cristiano, y antes aún la realidad, no despierta en nosotros esa brizna de deseo que nos hace estar deseosos de respirar y no ahogarnos (porque no podemos vivir sin reconocer la realidad en toda su originalidad), entonces seguimos siendo racionalistas, y por tanto nihilistas, y como no podemos evitar desear, buscamos la satisfacción en cosas que no tienen consistencia, porque ya hemos perdido la relación con el origen de la realidad, con el misterio de la realidad. Y entonces vivimos la realidad como todos. En cambio, cuando por gracia seguimos a don Giussani, se ve no en que tengamos un discurso más justo, sino en el modo con el que vivimos las circunstancias. Ahí es donde cada uno puede hacer la prueba. Como dije en la diaconía de Lombardía ante los primeros comentarios entusiastas dos días después de los Ejercicios: «Calma, la verdadera prueba de fuego de los Ejercicios es cómo estamos ante la realidad, por ejemplo ante lo que dicen los periódicos». Ahora, después de la carta que he escrito, podéis ver cuál es la diferencia: algunos que estaban entusiasmados se han enfadado por la carta. Ahí es donde mostramos qué es lo más querido para nosotros, donde se ve si es verdad que con el Acontecimiento podemos mirar todo a la cara, incluso nuestros errores, sin justificarlos. Hace falta que lo que despierta nuestra humanidad no se quede en algo sentimental (como cuando uno se despierta después de un accidente y con el tiempo acaba decayendo por la inercia), sino que se haga nuestro como uso de la razón, como autoconciencia de nosotros mismos. Sería una lástima que no nos diésemos cuenta de esto.

Cuento un hecho que ha sucedido en la universidad. En nuestra universidad hay elecciones a representantes de alumnos. En mi facultad acaban de cambiar el calendario académico y las convocatorias de exámenes, y como era un tema muy controvertido, la otra lista electoral está haciendo toda la campaña electoral sobre este tema, sobre cómo hacer para que todo vuelva a ser como antes, etc. Han hecho una asamblea pública en la que han invitado a todo el mundo para escuchar las opiniones de los estudiantes. Me cuentan sobre lo que sucedió en la asamblea y sobre cómo, en un momento dado, una persona interviene y dice: «Pero, ¿no pensáis que detrás de toda esta historia del cambio de las convocatorias está la mano de los de CL?». Cuando escuché esto salté de inmediato, porque me apena que nuestra presencia sea tan maltratada y malinterpretada. Dos de nosotros, que estaban presentes, no reaccionaron, y me enfadé por que no hubieran dicho nada. Discutiendo sobre esto, una de ellas dice: «No me parecía útil hacer polémica en ese momento». Cuando dijo esto, me di cuenta de que yo hago exactamente lo mismo: me salto la realidad antes de

preguntarme qué tengo delante, y paso enseguida a otra cosa (cómo es útil moverse, cómo hacer para que los demás puedan comprender que no es verdad), y así no llego a nada.

La mayoría de las veces, nuestra reacción es visceral.

Ha sido precioso el trabajo que ha surgido a partir de ahí, porque nos hemos preguntado: ¿de qué se trata? El problema no era rebatir algo, sino que la naturaleza de nuestra presencia se ponía en peligro por aquel comentario, como si nosotros fuéramos de los que traman. Entonces escribimos un manifiesto sencillísimo, en el que explicábamos que los profesores habían tomado esta decisión sin consultar a los estudiantes, en qué fecha la habían hecho pública, qué representantes estudiantiles estaban presentes, etc. Concluimos diciendo que el objetivo que nos importa a la hora de trabajar como representantes es poder tener una mejor formación, trabajando sobre todo en la didáctica y en las actividades de profesionalización, más que en la disposición de las convocatorias de exámenes. Al final escribimos: «Si hemos cometido errores en este trabajo, aceptamos cualquier crítica constructiva, pero no estamos dispuestos a tolerar insinuaciones infundadas». Me ha impresionado que para mí el juicio estaba por entero dentro del contragolpe, del impacto que había sentido en mí cuando me contaron lo que había pasado, no era el fruto de una maquinación que tuviera que añadir luego, porque yo reaccionaba así porque estaban escupiendo en lo que es más querido para mí, y para que esto saliese a la luz ha sido necesario que yo fuese detrás de ese impacto.

Esta es la cuestión: es necesario ir detrás de ese contragolpe, es decir, empezar a usar la razón a partir de ese impacto. ¿Cómo?

Viviendo esa pasividad que es la primera actividad de la que habla Giussani en el capítulo décimo. Porque yo habría podido pensar sin más: paciencia, piensan así, es su problema. Y nadie habría venido a molestar, puesto que nadie había dicho nada. Sin embargo, yendo detrás de esto, ha salido a la luz un punto interesante para nosotros y para otros, que estaban contentos por el manifiesto que habíamos escrito. Comprendo que toda mi inconsistencia, de la que hablas el viernes por la noche, depende de que continuamente me salto la realidad, que es el pretexto más grande que aduzco, depende de esta falta de juicio (porque trato mal la realidad, y esto podrá pasar siempre porque siempre puedo equivocarme, pero si no juzgo, o no me doy cuenta de ello, y por tanto es como si no la hubiese tratado mal, o bien puedo huir, decir que era culpa de los demás, decir que era culpa de esos dos, y por tanto justificarme frente a mi error). En una cena contigo se ponía de manifiesto que muchas veces los gestos que hacemos no son proporcionados ni están dirigidos al único objetivo del movimiento que Giussani identifica, es decir, la generación de un sujeto. Todo lo que sucede, también los errores humillantes, pueden ser el desquite para emprender un camino, porque hay un lugar al que le importo, al que le importa que yo pueda tener consistencia, que yo pueda ser: es el mayor signo de una misericordia hacia mí y es el motivo más grande para estar agradecida.

Nosotros seguimos siendo inconsistentes, no se genera un sujeto distinto si, ante estas provocaciones, el contragolpe no está acompañado y seguido de un uso adecuado de la

razón. Si no es así, olvidémonos de que pueda surgir un sujeto distinto que sea capaz de situarse ante la realidad con toda su razonabilidad, con toda su capacidad de respuesta no ideológica o reactiva, sino como fuerza que testimonia un modo distinto de estar ante la realidad. Porque ante los ataques que hemos recibido, podríamos haber dicho: «Dejémoslo estar, escribamos a los periódicos diciendo lo que somos, para que no sigan diciendo lo que no somos». Todos se habrían reído, porque nosotros decimos lo que somos respondiendo a lo que sucede. En caso contrario, nunca vencemos el dualismo que hay en nosotros: por un lado, afrontamos la realidad de forma racionalista, como todos, y luego hacemos el discurso correcto. ¡Pero esto es lo que Cristo ha hecho saltar por los aires! Contenido y método coinciden. Esa es la dificultad. Por eso, si esto no sucede, nunca habrá un sujeto nuevo. ¿Y cómo sucede? Sucede si cada uno de nosotros no deja pasar ocasión alguna sin juzgar. Si lo deja pasar por inercia, será una ocasión perdida. En cambio, si cada ocasión que el Misterio no nos ahorra es para hacer este camino, para hacer ese camino del que estamos hablando, para usar la razón de un cierto modo, para mover la libertad, entonces cualquier circunstancia que nos ofrece la vida es una ocasión para que se genere un sujeto. El sujeto no nace por casualidad, no nace como un milagro, nace como respuesta a ese evento que pone en movimiento la totalidad del “yo”, y que le hace usar la razón, la libertad y el afecto de forma distinta: se llama “criatura nueva”. Pero este sujeto puede salir a la luz únicamente si colaboramos con el Misterio, que actúa constantemente por gracia despertándonos, y que no nos ahorra el camino, porque de otro modo nunca sería nuestro. No es que no veamos suceder ante nuestros ojos muchísimos milagros, no podemos lamentarnos de que hayamos pedido el milagro y no lo hayamos visto, hemos visto demasiados. El problema es que esos milagros que hemos visto no generan un sujeto, porque no ponen en movimiento la totalidad de nuestro “yo” como uso de la razón y de la libertad. Entonces, para nosotros este sujeto nuevo será solamente un sueño o una quimera absolutamente inalcanzable. En cambio, si vemos personas que, como intento, en medio de todas las vacilaciones, cojeando, hacen este camino, entonces nos testimonian que es una posibilidad para nosotros.

Cuando la carta fue publicada en la Repubblica, por un lado me puse un poco nerviosa, porque decía: pero, ¿cómo es posible que me mires más que yo misma? Porque mis límites y mi traición siempre me definen, y en cambio tu abrazabas todo lo que yo soy. Sin embargo, en vez de dejarme abrazar, ha quedado como un escándalo. Pero ha sucedido un hecho en la unidad en la que trabajo. Ha nacido un niño al que, después de una semana de vida, le han encontrado una patología genética incompatible con la vida. Ha sido impresionante, porque muchísimas colegas mías han empezado a preguntarse: «Pero, ¿para qué existe este niño? Antes o después morirá, ¿no podían haberlo descubierto antes sus padres, y así lo hubieran eliminado y no habría nacido un ser inútil para el mundo?». Ante esto me rebelé inmediatamente, porque la cuestión no es que él fuera distinto de mí; ese niño existe, igual que yo existo, es querido, es amado, es preferido sólo por el hecho de existir, y ninguna malformación, ninguna circunstancia, ninguna condición adversa puede eliminar el valor que es, es decir, la relación con Uno que le quiere ahora. Pero esto nunca lo habría podido descubrir sin

partir de esa mirada amorosa que hay continuamente sobre mí y que supera y abraza todo mi límite y toda la traición que soy. Me ha impresionado porque, desde que nos comunicaron el síndrome de niño, me he encariñado tanto con él que he pedido poder hacer su seguimiento personalmente. Un día, una madre de la planta – ellas están por lo general en silencio, nos miran mientras trabajamos – vino a mí al terminar el turno y me dijo textualmente: «Se ve enseguida para quiénes son nuestros niños un peso y para quiénes son personas ante las que sombrarse». He comprendido de nuevo el valor de tu carta, y el valor del encuentro que he tenido con Cristo: una mirada que no me circunscribe a mis errores habituales, a mi costumbre de mí misma o a mi traición, sino que continuamente vuelve a valorarme por lo que soy. Y por eso yo, de forma casi inconsciente, puedo mirar la realidad como Él me mira a mí.

Que uno pueda asombrarse ante un niño así (que parecería una contradicción a la afirmación de la positividad de la realidad), indica la revolución que se puede producir, sin visión “mística” alguna. Porque esta es la sorpresa que hace suceder Cristo en nosotros cuando somos conscientes de cómo hemos sido mirados, y esta autoconciencia nos impide reducir la realidad sólo a apariencia, al impacto emocional que me provoca, y entonces puedo mirarla con la misma profundidad con la que me miro a mí mismo: soy querido y preferido. Y la madre que está allí se da cuenta de la diferencia entre los que tratan a los niños como un peso y los que los miran con asombro. Nadie diría que un niño así puede despertar asombro, sólo su madre, por el afecto que le tiene, pero para todos los demás es lo contrario: repugnancia. En cambio, esta mirada sobre la realidad que puede suceder por todas partes, como decíamos antes, que puede convertirse en la relación normal con la realidad, es lo que Cristo quiere generar en nosotros, porque un sujeto capaz de asombrarse está tan lleno que no debe buscar en otro sitio lo que le llena. Esta es la promesa que muchos estáis empezando a descubrir y que, en la medida en que seguimos a don Giussani, podemos esperar que llegue a ser nuestra, cada vez más. Y esta será la posibilidad del testimonio ante todos, como me escribe una de vosotros a propósito de la carta: «El viernes por la noche me encontraba en Milán, en una cena con gente “súper bien”, abogados, profesores universitarios, extrañamente simpáticos, diría, y al cabo de un rato, uno de ellos, después de algunas generalidades y obviedades, habiendo llevado el discurso a tu carta y no a las necedades de la política, me dijo que había empezado a leerla por curiosidad, para estar a la última con los últimos chismorreos sobre el tema, pero que se había quedado tan impresionado que la volvió a leer, es más, dijo “a meditar”, en particular le había impresionado ese punto en el que dices: “A Cristo no le derrotan nuestras derrotas”». He recibido muchas cartas como esta. Sólo si afrontamos las circunstancias que debemos afrontar delante de todos, delante de la realidad, sin escondernos, podrán convertirse en una ocasión para dar testimonio, para comprender que nuestra presencia no necesita de hegemonías para ser realmente incidente en la historia, porque lo que más incide es el testimonio cristiano, es decir, el testimonio que nace del asombro ante el acontecimiento de Cristo, que nos hace estar en la realidad de forma distinta. Me parece que esto nos sitúa en mejores condiciones para comprender por qué nos interesa a todos no perder la ocasión de trabajar en los Ejercicios, donde se describe el camino que hemos de recorrer.

La próxima Escuela de comunidad será el miércoles 20 de junio de 2012 a las 21.30 horas. Retomaremos la primera lección de los Ejercicios de la Fraternidad.

Jornada Mundial de la Familia. Que el encuentro con el Papa, que viene como peregrino a Milán los días 2 y 3 de junio, nos encuentre disponibles a reconocer que su magisterio no es la opinión de un dirigente o una opinión entre las muchas a las que habitualmente se reduce al Papa. El Papa es el punto a través del cual nos alcanza la verdad de Cristo, nos libera, salva nuestra razón y nuestra libertad.

Ofrecemos por tanto el sacrificio y la fatiga que este gesto implicará, por las incomodidades ligadas a estos gestos, para la purificación de nuestro corazón y para el bien del Movimiento, del Papa, de la Iglesia y de la sociedad.

El Libro del mes de mayo y junio es *Dal paradiso all'inferno. I confini dell'umano in Dostoievski*, de Tat'jana Kasatkina (ediciones Itacalibri).

Este libro reúne varias conferencias y algunas conversaciones entre Tat'jana Kasatkina (estudiosa rusa, profunda conocedora de Dostoievski) y los estudiantes de la escuela "La Traccia", que han puesto en escena *Crimen y Castigo*, y otras intervenciones suyas. Os lo proponemos porque Tat'jana Kasatkina es para nosotros un ejemplo evidente de una presencia cristiana capaz de valorar todo sin reducirse a una posición de grupo. Para mí se trata de una actitud que aprender, como hemos visto esta noche.

Veni Sancte Spiritus